

La cultura de la paz

Carlos Alberto Montaner

Poder es distinto de autoridad

Yo me permitiría hacer una distinción que ya es clásica en la ciencia política. El poder es distinto de la autoridad. Quien solamente tiene poder puede llegar a sentir momentos de gran aislamiento y puede que los mecanismos del poder, que son esquivos, que nunca se sabe exactamente en qué consisten, comiencen a escapársele. Ahí viene el drama de la soledad. Pero quien tiene autoridad y la autoridad es una comunicación cierta, en la que se escucha la voz del gobernante, no hay la sensación de soledad. En la medida en que se tiene sólo poder coactivo, poder administrativo y se va perdiendo autoridad, la soledad va abrumando.

Gustavo Vasco
Politólogo colombiano

*L*a creación de una cultura de la paz, tal y como lo ha venido proponiendo la UNESCO, está fundada no en la desmilitarización de los Estados como podría pensarse, sino en los valores y creencias que las personas sustentan. Estos valores y estas creencias hayan su modo de expansión en la democracia que aunque según el autor, "no es un camino seguro hacia la felicidad y la dicha", si es un "racional método para tomar decisiones colectivas" que siempre termina siendo eficiente. Sin esta democracia, unida a su hermana gemela la economía de mercado, difícilmente podremos comenzar a hablar de una cultura de la paz.



LES AGRADEZCO AL GOBIERNO SALVADOREÑO y a los dignatarios de la UNESCO la oportunidad de participar en este *Primer Foro Internacional de la Cultura de la Paz*. Supongo que la deferencia de invitarme a compartir con ustedes ciertas reflexiones se deriva de mi condición de escritor preocupado por estos temas —temas a los que, de alguna manera, he dedicado veinticinco años—, pero también me gustaría creer que la convocatoria encierra otra noble intención: contribuir generosamente a la solución de la

crisis cubana. No me sorprendería que así fuese, porque el Presidente Cristiani, a lo largo de todo su mandato, siempre ha mostrado una infatigable voluntad de ayudar a los cubanos moderados que buscan una transición pacífica hacia la democracia y la libertad.

En efecto, presido un partido político liberal que desde 1990 forma parte de una coalición en la que nos acompañan los democristianos y los socialdemócratas. Esta coalición, creada en Madrid, se denomina *Plataforma Democrática Cubana*, posee y cultiva vastísimas

IV TRIMESTRE 1995

relaciones internacionales, tiene ramificaciones más o menos encubiertas en Cuba, y su objetivo es muy sencillo de explicar, aunque bastante difícil de llevar a cabo: conseguir que la sociedad cubana exprese sus preferencias libremente en unas elecciones. Deseamos, por medios pacíficos, poner fin a la dictadura de partido único, y echar las bases de un Estado de Derecho en el que no se persiga a nadie por las ideas que sustente. No queremos venganzas, ni revanchas, pero deseamos ardientemente la llegada de *ese día feliz de soltar los prisioneros*, como decía el poeta Andrés Bello Blanco.

Hago esta introducción a mi ponencia para que se entienda lo extraordinariamente importante que este Foro resulta para nosotros los cubanos. Para muchas de las personas aquí reunidas la idea de crear una metodología para la obtención y la preservación de la paz constituye un reto intelectual o una causa digna de apoyo, pero para nosotros es algo mucho más

Un pie forzado

BIEN: SE ME HA PEDIDO QUE REFLEXIONE sobre los posibles aportes nacionales y regionales para el establecimiento de una *Cultura de la paz* en El Salvador. En realidad este punto de partida, este pie forzado, se me antoja como algo artificial. En un principio pensé abordar el tema desde el

trascendente: se trata de una esperanza.

La triste historia de mi país puede resumirse en una melancólica oración: perdimos el primer siglo de autogobierno y de vida republicana porque no supimos conjurar los fantasmas de la violencia. Nos pasamos cien años ensayando atajos revolucionarios para alcanzar la gloria, y estamos a punto de terminar en el lugar exacto del comienzo: un país hambreado, gobernado despóticamente, en el que se vive bajo la diabólica certeza de que mañana será peor que hoy.

Ese país —Cuba— está regido por un sistema históricamente agotado, sin posibilidades de revitalización, y bajo la autoridad de un líder que pertenece al pasado, aunque la terquedad le impida examinar la evidencia de los hechos. Sólo que la indiferencia ante la realidad no salva a nadie de las consecuencias de sus actos. Algún día, quizás más pronto de lo que nadie pueda imaginar, comenzará a abrirse paso la razón.

ángulo de la desmilitarización del Istmo, como un elemento de ayuda a la democratización, y no parece una mala idea. Diría más: me parece una magnífica proposición —en la que se ha empeñado brillantemente D. Oscar Arias—, pero la ausencia de un ejército convencional no impide que el

poder se pueda ejercer brutalmente, como demuestra el desalentador caso haitiano. En Haití no han hecho falta tanques y aviones para someter a la población a una brutal tiranía. Para que eso ocurra basta con que las llamadas fuerzas del orden, cualesquiera que sean, estén dispuestas a matar. La inexistencia de ejércitos evita, eso sí, guerras internacionales, pero ése no es el gran riesgo en América Latina. Los conflictos fronterizos en nuestro continente han perdido toda su potencial virulencia en la medida en que la solución se ha puesto en manos de acreditados árbitros supranacionales.

También debe ser cierto —por lo menos en América Latina— que el sistema democrático duerme más tranquilo cuando no hay un poder militar amenazando desde la sombra, pero ese sosiego es siempre relativo. Ningún Estado puede prescindir de la existencia de unas fuerzas armadas capaces de mantener el orden, y no hay forma humana de impedir que esos grupos castrenses se apoderen de los resortes del gobierno aunque carezcan de una gran parafernalia militar. La Guardia Nacional panameña —por ejemplo— era poco más que una policía brava cuando el Coronel Torrijos dio su golpe a fines de la década de los sesenta. Luego se convirtió en un ejército desproporcionado para las dimensiones del país, pero no fue con aviones y carros de combate con lo que Noriega se sostuvo en el poder hasta la llegada de los

marines, sino con los sicarios de palo y tentetieso. Con los esbirros decididos a matar y a torturar.

Tampoco parece que la clave esté en prohibir o esconder las armas. Siempre será posible traerlas de contrabando, porque siempre habrá alguien descoso de hacer un buen negocio. Además, no es tan obvio que sean las armas lo que causa la muerte violenta. Nadie ignora que los suizos guardan las armas del servicio militar en sus casas y, sin embargo, no las utilizan para matarse unos a otros o para derrocar al gobierno. No es por ahí —nunca mejor dicho— por donde van los tiros. El asunto —como inteligentemente ha explicado más de una vez David Escobar Galindo— radica en el corazón de las personas. En los valores que sustentan y en las creencias que tienen. En última instancia, es en esos elementos intangibles en los que descansan las democracias. Por eso, cuando los salvadoreños comenzaron a negociar la paz dieron una buena muestra de sentido común. Cuando se atrevieron a darse la mano por encima de una montaña de cadáveres, demostraron que eran gente, realmente, valiente. Valientes para enfrentarse a los fundamentalistas de uno y otro bando. Valientes para tragarse los agravios. Valientes para entender que, a veces, hay que olvidar las ilusiones, renunciar a la victoria, y enterrar el pasado para poder salvar el futuro. Pero probablemente mucho más importante que esa

hazaña de la política y de la diplomacia —recogida por todos los periódicos del mundo—, es la creación de este extraordinario

Un programa más hondo que la guerra

Ahí ya hay un reconocimiento explícito de que la lucha que hubo entre salvadoreños de izquierda y de derecha —por recurrir a unas etiquetas que tienen muy poco significado real— no se había originado en dos concepciones distintas de la vida o de la cosa pública, sino en la incapacidad que mostraba esta sociedad para resolver sus conflictos pacíficamente. Es decir: con la búsqueda de la *cultura de la paz* los salvadoreños conseguían remontar el sangriento episodio de la guerra civil y desechaban las interpretaciones superficiales de siempre. Era válido preguntarse por qué estalló el conflicto, pero si se hurgaba más profundamente se llegaba al meollo de la cuestión: qué factor había en la sociedad salvadoreña que hacía posible el surgimiento de una conducta fratricida. ¿Por qué no existían mecanismos inhibitorios capaces de frenar la guerra en el seno de una comunidad que suele ser extraordinariamente amable y laboriosa en circunstancias normales? ¿Por qué los dirigentes políticos no fueron capaces de encontrar formas de consenso antes de que comenzaran a sonar los balazos? ¿Qué íntima locura provocó en este pueblo una

programa o proyecto pedagógico encaminado a crear en el país lo que ya se llama una *Cultura de la paz*.

catástrofe que arrebató más vidas en una década que todos los desastres naturales padecidos por el país desde 1492 a la fecha?

Podría decirse que los setenta y ochenta fueron años de subversión inspirada desde el extranjero, pero esa aseveración, aunque cierta, no es del todo satisfactoria. La vecina república de Costa Rica no padeció los horrores de una guerra civil, pese a que también hubo *ticos* seducidos por la violencia revolucionaria. Podría pensarse que las desigualdades, la pobreza y la falta de oportunidades tiraron del gatillo, pero aún peores circunstancias podían encontrarse en Honduras, en Bolivia o en Haití, y en ninguno de esos tres países ocurrió algo parecido a lo que sucedió en El Salvador.

Por eso me parece una admirable prueba de lúcida madurez admitir que las causas de esta guerra terrible no estaban en los discursos de la izquierda o de la derecha, o en sus interpretaciones ideológicas, sino en la forma en que los salvadoreños se relacionaban, en los valores que tenían, en el modo de resolver sus diferencias, en las creencias que sustentaban. Pretender —como ahora pretenden los salvadoreños— crear una

Cultura de la paz es aceptar que hay algo por encima o por debajo de las posiciones políticas que había fallado y que hay que corregir para que nunca más vuelva a desencadenarse la matanza.

Naturalmente, se trata de un proyecto difícil, muy difícil, pero no imposible. Los pueblos, como las personas, pueden cambiar sus modos de comportamiento. Al fin y al cabo, los pueblos no son otra cosa que una suma de personas, y basta con que un número crítico de ciudadanos modifiquen su forma de

actuar para que cambie el signo de estas sociedades.

Generalmente, y como es previsible, el cambio se produce después de una gran tragedia. Es posible que para los salvadoreños la lección de los últimos años haya sido lo suficientemente enérgica como para cambiar el rumbo de la nación. Es posible que esa paz difícilmente ganada no sea un punto y seguido, sino un punto y aparte. Un cambio real y profundo que modifique para siempre el curso de la historia.

Ingeniería cultural

Sin embargo, los procesos de cambio colectivo de actitud que conocemos tienen en común un rasgo que no está presente en el caso salvadoreño: surgieron más o menos espontáneamente. Nadie los dirigió. Sencillamente, ante una fuerte sacudida histórica, la mayor parte de la ciudadanía comenzó a comportarse de otro modo. En El Salvador —en cambio— el fenómeno parece ser conscientemente inducido. O tal vez se trate de una reacción ante un estado de ánimo generalizado, pero —en cualquier caso— estamos ante un clarísimo ejemplo de *ingeniería cultural*. Hay un propósito de cambiar voluntariamente de conducta mediante el estudio y la emulación de las creencias, valores y formas de vida presentes en sociedades democráticas, pacíficas y económicamente exitosas.

Indudablemente, el método es válido. Hay que comparar para entender. La analogía es el instrumento más valioso para cualquier clase de aprendizaje. ¿Qué hace que la pequeña Holanda, superpoblada y sin recursos naturales, como El Salvador, pueda ser uno de los países más libres, ricos y creativos del planeta? ¿Por qué la democracia norteamericana ha durado más de doscientos años? ¿Cómo los israelíes, pese a las divisiones internas que padecen, logran conciliar la democracia con las enormes dificultades naturales, políticas y culturales que padecen? ¿Por qué la democracia es posible en un país endemoniadamente complejo y pobre, como es la India, y cuesta tanto esfuerzo y trabajo en la patria diminuta y homogénea de los salvadoreños?

El programa salvadoreño para crear la *cultura de la paz* ha tomado ese camino: examinar lo que otros han hecho correctamente, adaptarlo a la realidad salvadoreña, e intentar repetir los aciertos. Eso está bien.

Que duda cabe de que la tolerancia, el Estado de derecho, la supremacía de una sociedad civil robusta e independiente, son rasgos que suelen caracterizar a las sociedades más envidiables, ésas a las que queremos parecer, pero tal vez sea conveniente examinar —también— los factores negativos presentes en el modo de comportamiento al que atribuimos nuestros males.

No debemos olvidar que la modificación de la conducta pasa siempre por una terapia de realidad. No basta que identifiquemos lo que debemos hacer bien. Tenemos que precisar lo que hacemos mal, y hasta sería conveniente gritarlo a voz en cuello. ¿Será un error —por ejemplo— el culto apasionado con

que honramos la memoria de nuestros héroes históricos, casi todos ligados a gestas militares? No se trata de regatearles su grandeza a Bolívar, a Martí, a Morazán, a San Martín, sino de intentar situarlos en el plano humano, con sus virtudes y sus flaquezas, con sus miserias y sus momentos de gloria. Se trata de buscar la dimensión exacta de los hechos y de las personas.

Tal vez no sea razonable trazar la identidad de los países en torno a las batallas o en torno a una visión fieramente nacionalista. La hazaña heroica no es necesaria para forjar una gran nación. Y quien lo dude debe visitar Canadá o Noruega. Acaso el heroísmo real y profundo de los pueblos no esté en las gestas revolucionarias, en los himnos y en las barricadas, sino en el trabajo callado pero fructífero de millones de seres anónimos, en el responsable acatamiento de las leyes, en la prudencia y en la decisión de respetar el bien común tanto como el propio.

El pesimismo liberal

No creo que sea ocioso traer al auditorio el lado oscuro del problema. A veces la sombra es lo único que nos permite entender la luz. Más aún: una visión verdaderamente liberal parte siempre de un presupuesto pesimista. Para los liberales las personas son criaturas extraordinariamente peligrosas. Seres potencialmente capaces de

cometer los peores crímenes si las circunstancias lo aconsejan y lo permiten. Esto es importante tenerlo en cuenta si se quiere crear una *cultura de la paz*. El hombre no es bueno por naturaleza y la sociedad lo transforma en perverso. Esa es una benévola superstición russoniana. El hombre es bueno o malo según suponga que le

conviene ser bueno o malo. Los yugoslavos que hoy nos espantan con sus atrocidades ayer constituían una sociedad razonablemente civilizada. El hombre puede ser apasionadamente bueno si encuentra en ello el reconocimiento y el aprecio de la sociedad. O puede ser despiadadamente malo por las mismas razones. Esa es la historia de los matarifes de todos los *gulags* y de los nazis, de los traficantes de esclavos y de los verdugos de todos los fanatismos. Esa es la historia de tantos seres humanos joviales y bondadosos que súbitamente se convierten en asesinos. De ahí la enorme importancia de forjar un verdadero Estado de derecho. No sólo se trata de establecer un *pacto social* para lograr un cierto grado de armonía. Lo más trascendente es encadenar a la fiera que todos llevamos dentro. Encadenarla con derechos, tutelas jurídicas y toda clase de salvaguardas legales.

Y si riesgoso es el bicho humano para sus congéneres —y a veces hasta para él mismo—, otro tanto puede afirmarse de la organización social en la que vive: siempre está en peligro de desvirtuarse, de corromperse, de desaparecer. No nos hagamos demasiadas ilusiones. Esa *cultura de la paz* que ahora los salvadoreños quieren, noblemente construir, es una casa frágil, como todas, que habrá que apuntalar y remendar todos los días. Así es la democracia: débil, tremolante, casi indefensa, porque la decadencia y

la extinción es el destino inexorable de todo lo que vive, de todo lo que cambia. Cambiar es caminar hacia la muerte, pero el cambio no debe atemorizarnos, porque esta urgencia de modificar nuestras vidas, esta pasión de hacer un mundo nuevo, es lo que le da forma y sentido a nuestra naturaleza. No podemos escapar de este destino sin dejar de ser nosotros mismos.

Es, pues, perecedera la organización social en que vivimos, el Estado que nos hemos dado, y el que queremos darnos en el futuro. Y si esto es así, ¿qué sentido tienen nuestros afanes políticos? ¿Qué hacemos en este salón luchando por alcanzar un modo de vivir que mañana, algún inevitable mañana, será barrido de la historia por la propia naturaleza de las cosas, por la propia vocación de caos y destrucción que yace en el seno de toda estructura vital? Tiene un sentido: lo que he descrito, aunque parece ser cierto, aunque parece demostrarse empíricamente por la milenaria experiencia acumulada, no deja de ser una abstracción teórica, mientras la existencia cotidiana es una realidad inmediata que no está sujeta a la paralizante fatalidad de las leyes de entropía. Sí, es cierto que al final del camino está la destrucción; y es cierto que somos una brizna de paja en el viento, un susurro incomprensible y fugaz en un rincón del universo, pero asumir la responsabilidad consciente de ser seres humanos tristemente persuadidos de nuestra insignificancia no nos exime de

nuestra más urgente e indeclinable obligación: *durar*. Durar para tratar de perpetuarnos, para tratar de que perduren nuestras más dignas creaciones e instituciones, aunque intuyamos que se trata de una tarea

El camino democrático

De eso, precisamente, trata la democracia liberal. No es un camino seguro hacia la felicidad y la dicha. Es un camino seguro hacia lo desconocido. No es un proyecto político fundado en certezas ideológicas. Es un humilde pero tremendamente racional método para tomar decisiones colectivas. Decisiones que pueden ser equivocadas, porque los pueblos a veces se equivocan, pero el método cuenta con un mecanismo de tanteo y error, de enmienda y perfeccionamiento, que puede ser lento, pero que siempre acaba por ser eficiente. Un mecanismo que permite darle continuidad a la vida en común. Un mecanismo que nos permite *durar*.

Tomemos —por ejemplo— a la nación norteamericana. Hace más de doscientos años que su parlamento se reúne. Rítmicamente, cada cuatro años, ha convocado a elecciones presidenciales. Por la Casa Blanca han pasado hombres brillantes y mediocres, personas honestas y bribonas, gente violenta y pacifista. En ese período las trece colonias originales, profundamente religiosas y con vocación aislacionista, se convirtieron en otra cosa

imposible. Y para durar como podamos, y mientras podamos, hay que actuar de ciertas formas. Las formas que hoy los salvadoreños buscan con ilusionado entusiasmo,

absolutamente distinta, sin que nadie pudiera prever el destino alcanzado. ¿Por qué no se deshizo la nación en el esfuerzo de multiplicar por diez su extensión territorial, absorber decenas de millones de inmigrantes o participar en dos guerras mundiales? Naturalmente, hay muchísimas razones que explican esta resistencia al desgaste, pero dos parecen ser los factores claves de esa prodigiosa estabilidad: la sujeción de una masa crítica de ciudadanos al imperio de la ley, y, sobretodo, la comprobación cotidiana de que la democracia y la economía de mercado les resultan beneficiosas a estas personas.

Eso quizás quiere decir algo que normalmente se olvida en los pomposos discursos del día de honrar a la patria: que las personas no aman la democracia y la libertad por abstractas razones morales, sino porque les *conviene* amarlas. Porque de ellas esperan una mayor dicha material y emocional. Simultáneamente, no debe sorprendernos que esas mismas personas se muestren indiferentes ante la destrucción del modelo de Estado en el que habitan —o aún que

cooperen con esa labor de demolición— si no derivan beneficios personales de ese modo de vida. Lo que nos precipita a establecer una verdad de perogrullo que hay que entender para poder echar los cimientos de la cultura de la paz: la democracia y la economía de mercado tienen que procurarles satisfacciones y prosperidad creciente a los ciudadanos, o los ciudadanos, sencilla y egoístamente, apuestan por cualquier aventura autoritaria. La democracia y la economía de mercado, para perdurar, tienen que dar frutos. Tienen que triunfar. Están condenadas a triunfar.

No puedo, por razones del tiempo de que dispongo, añadir mucho más a lo ya dicho, pero me gustaría despedirme con una petición y con una ilusionada

profecía: yo vengo de un país que olvidó algunas de estas verdades elementales y varias generaciones de cubanos han pagado las consecuencias. Es probable que muy pronto, aunque nadie puede saber cuándo, el destino nos depare la posibilidad de enterrar los cadáveres, recoger los escombros, y volver a empezar —como decía José Martí— *con todos y para el bien de todos*. Algún día La Habana los recibirá, vestida de salitre y esperanza, para celebrar un foro como éste. Ojalá que para ese entonces, ojalá que para esa aurora incierta y estremecida, el aporte de cada uno de ustedes ya haya cuajado en la formulación de planes y proyectos concretos, porque los vamos a necesitar. Los vamos a necesitar ansiosamente. ☺